

Teorías de la conspiración

Historia y sociedad a través del prisma del complot

Pablo Francescutti

Editorial Comares

Granada, 2024

173 pp.

ISBN: 978-84-1369-851-9



El libro al que aquí hacemos referencia es una conspiración contra las teorías de la conspiración. Empieza con una irónica cita de Umberto Eco, una afirmación clave, que puede tomarse como bandera básica del texto, y una declaración de intenciones. La cita dice: “Digo que existe una sociedad secreta con ramificaciones en el mundo entero que conspira para expandir el rumor de que existe un complot universal”. La afirmación, como subtítulo de la introducción: todos somos conspiranoicos. Al fin y al cabo, como recogen Uscinski y Enders (2023) en uno de los libros de referencia que nos introducen en las teorías de la conspiración: más de nueve de cada diez norteamericanos creen en alguna teoría de la conspiración. Y, además, cuando escribimos la palabra “conspiranoicos”, el procesador de texto nos la subraya en rojo y nos preguntamos: ¿qué estará tramando contra nosotros la corporación que ha desarrollado este *software*? Y en tercer lugar, empieza también con una declaración de intenciones, con un propósito del autor: el de ser más comprensivo que condenatorio. Un propósito de tolerancia que se muestra en las diversas fases del texto en que se llama la atención sobre el indicio totalitario que puede estar detrás –en esto de la conspiración, todo está detrás– de la condena sin más de afirmaciones bajo la acusación de que se trata de una “teoría conspirativa”.

El objetivo es comprender un fenómeno social relevante con ramificaciones sociológicas, políticas, económicas, comunicativas o epistemológicas. Al fin y al cabo, como en la propia obra se señala en varios momentos, se trata del estatuto que tiene la

verdad en nuestras sociedades. La ciencia, que es –siguiendo a Luhmann– el sistema social que se organiza sobre la gestión del valor de verdad, es la que, como se dice en el texto que aquí nos ocupa con directa descripción: “fija las verdades científicas” (Luhmann, 1996, p. X). Pero las teorías conspirativas incumplen los procedimientos de la ciencia. En muchos casos, hablan sin datos. Ni siquiera parciales o indiciarios. Sin mostrar materialmente los hechos en sus relatos. Sin presentar realidades materiales. Son un decir de lo que se dice, sin que en muchos casos se sepa quién lo dice. Sin emisores con nombre y apellidos. Un decir que fluye por los medios de comunicación y las redes sociales. Tal vez porque asumen, como el propio Luhmann (2000) antes nombrado, que la realidad está en los medios.

Se define el relato conspirativo como el que atribuye a un fenómeno una causa o una consecuencia, pero sin probar o, al menos, establecer los mínimos procedimientos probatorios. Todo lo contrario de lo que hacen los sistemas de la ciencia o de la justicia. Un relato que pretende verdad saltándose los procedimientos de producción de verdad, que quiere erigirse en operador epistemológico, sin respetar las fronteras, exigencias o limitaciones éticas de los operadores epistemológicos. Pero si convivimos con tanto relato conspirativo, su proyección sobre el campo epistemológico es ineludible. Nos hace dudar. Es en la reflexión sobre estas dudas, pues no pretende su prácticamente imposible solución, donde se inscribe esta obra.

El fenómeno de las teorías conspirativas estuvo siempre ahí, aunque no siempre ha estado de la misma manera. Y, desde luego, en nuestras sociedades está muy presente. Tal vez porque, entre otras cosas, el entorno mediático y la vinculación de los ciudadanos a través de los medios nunca ha alcanzado antes las cotas de la actualidad. Al menos hoy, el relato de la conspiración aparece fijado a un mensaje en los medios de comunicación. Quizá antes, en las sociedades cortesanas, podría difundirse un argumento conspirativo en el boca a boca de las directas relaciones sociales entre las élites. Hoy, es impensable.

Los argumentos conspirativos han sido siempre atractivos, nos dice la obra. Sin embargo, en unos momentos lo han sido más que en otros, se han recibido mejor, y, posiblemente como consecuencia, se han emitido más mensajes conspirativos. Hay que anunciar que el texto no apuesta por explicar lo que lleva a tales contextos particulares de aceptación de los argumentos conspirativos desde el sistema de medios de comunicación, tal como hacen otros textos protagonizados por las redes sociales online. De tener alguna preferencia en las causas que conducen a una especie de “estado favorable al mensaje conspirativo”, Pablo Francescutti se inclina por la estructura social, por la extensión de la desigualdad social como motor para atender a los relatos conspirativos.

Visto desde el conjunto, el texto huye de lo que podría entenderse como reducción del fenómeno a dimensiones psicológicas, tan frecuentes en los ensayos que se enfrentan al mismo. Ahora bien, no huye de su reflejo, como se hace en el capítulo II. Se da cuenta de las explicaciones centradas en las mentes conspiranoicas.

A las características del mensaje conspirativo se dedica el capítulo III. Las teorías de la conspiración son discursos. Es decir, desde la concepción aristotélica (Aristóteles, 1992) de discurso, intentan convencer. Añadiría que tienden a configurar un especial género discursivo, como es el del relato. Las teorías de la conspiración tienen una acentuada lógica narrativa. Son cuentos y quizá por esto nos atraen tanto. Y, si un relato conspirativo

nos atrae, nos transforma en conspiranoicos. Por eso todos somos conspiranoicos, como se dice en la introducción.

Cuentos que reabren la interpretación de acontecimientos reales hasta, ocasionalmente, más allá de los límites de lo razonable. Partiendo de la articulación de ese primer ensayo importante de Umberto Eco, *Obra abierta* (Eco, 1990), y de una de sus novelas, *El péndulo de Foucault* (Eco, 2005), se nos alerta contra las consecuencias de la interpretación ilimitada inscrita en el discurso conspiracionista. Una alerta que el autor italiano lleva a otras de sus obras de ficción, como *Baudolino* (Eco, 2001). Aquí, el protagonista inventa historias, con minúscula, que se convierten en Historia, con mayúscula.

Pero el capítulo III de nuestro libro no está dedicado a un análisis de la obra de Eco, sino a exponer la retórica del conspiracionismo. Una retórica que incluye la configuración de un enunciador digno de crédito. El conspiracionista es alguien que se presenta como inmune a la manipulación, y como más listo que los demás. Es un poco como ese consumidor racional inmune a la publicidad, que siempre señala a los otros como “manipulados”. Es más, como “tontos manipulables”.

Ahora bien, la mayor parte de los conspiracionistas con los que nos cruzamos en la vida cotidiana tienden a ser un eslabón, a veces un eslabón fantoche, en la cadena de la difusión del propio relato conspiratorio que le incluye como “más listo que nadie”. Los otros -los tontos que no se han enterado de la existencia de la conspiración- son víctimas de una forma de comunicación que asume el modelo de la aguja hipodérmica (p. 67). Un modelo que, como se subraya, se encuentra académicamente desprestigiado casi desde sus orígenes; pero que sigue teniendo peso en las representaciones de los ciudadanos del proceso de comunicación.

Analizar el cómo del relato conspiratorio está bien. Y se hace muy bien en esta obra, con sencillez y claridad suficientes, sin perder rigor. Al fin y al cabo, no es una obra técnica sobre análisis del

discurso. Es una obra que busca una explicación o, al menos, la exposición de las diversas explicaciones existentes sobre la amplia circulación de las teorías conspirativas. Si hablamos de una explicación, es aquella que da especial relevancia al contexto y a ello se dedicará el resto del libro. Y el contexto quiere decir el contexto social, por lo que se extiende en cómo las ciencias sociales se han enfrentado al fenómeno de las teorías de la conspiración.

Empieza, en el capítulo IV, con las explicaciones que las ciencias sociales y humanas han dado a las teorías del complot. Y, dentro de ellas, las que han tomado como fuentes de tales teorías la necesidad de culpabilizar a otros de las situaciones de marginación y precariedad. Vecina a esta explicación, la que asume que las teorías de la conspiración son una extrema simplificación de los procesos sociales; pero una simplificación que, al fin y al cabo, es fácil de dirigir por las capas sociales más desorientadas en sociedades crecientemente complejas. Es una forma en la que, como recoge el autor de Miller, los legos intentan acceder al espacio de los expertos, desafiando su autoridad (p. 85). Me parece muy iluminadora esta representación en clave de lucha entre legos interesados y expertos.

Se suceden: la mirada antropológica, o la visión de las teorías de la conspiración desde la comunidad, y la mirada de las ciencias sociales y humanas. En esta última mirada, pone las teorías de la conspiración en diálogo con el fulminante diagnóstico de Popper (2010, 2014, 1989) de estar viciadas de conspiracionismo (p. 90). Entonces, obras como *El capital* (Marx, 1975) empiezan a leerse como una teoría conspirativa, cuyos urdidores, claro está, son “sicofantes” capitalistas, ese calificativo tan querido al traductor de la obra de Marx al castellano. Junto al capitalismo, como se señala en el texto: “la modernización, la burocratización, las acciones intencionales y las imprevistas” (p. 91).

Así llegamos, en el capítulo V, a la concepción de la historia como complot. Es decir, pasamos de la muy nutrida historia de los complots al complot de la historia en forma más o menos

próxima a la filosofía de la historia. A la historia como trama y la historia como reveladora de la gran trama que hay detrás. Ese “detrás” tan querido a las teorías de la conspiración. Cabe preguntarse si, tras la búsqueda de eso que se llamaban leyes universales, late la pulsión por argumentar la sociedad y sus cambios en clave de teoría de la conspiración. El libro establece vínculos, como esa lógica de exponer los acontecimientos como si las cosas no pudieran haber sido de otra manera (p. 91), hasta llegar a una tesis atrevida, condensada en una feliz frase: “Admitamos que, pese a sus distorsiones, el conspiracionismo puede rendir un servicio a la comprensión del Iluminismo” (p. 105).

Como puede apreciarse, la concepción de lo que es una teoría conspirativa se agranda hasta límites insospechados unas pocas páginas antes. En todo caso, una concepción de las ciencias sociales que convive con la paradójica comprensión de que el mundo se torna imprevisible, especialmente cuando más se sabe sobre el mismo. Abordamos críticamente las filosofías de la historia desde un presente que parece haber perdido el sentido de la historia.

El capítulo VI se dedica a las implicaciones políticas del conspiracionismo. Diríamos que se dedica a sistematizarlas, ya que anteriormente habían sido objeto de varios párrafos. Y es que la política utiliza sistemáticamente las teorías de la conspiración. Es prácticamente imposible hablar seriamente de teorías de conspiración sin apelar a su proyección política. Es más, después de leer este capítulo, da la sensación de que la lucha política es, en buena parte, una lucha por imponer el relato conspiracionista propio sobre el del opositor político. Relatos con estructuras semejantes, dominados por un “enemigo único” como gran actante del mal. Sionismo, CIA, neoliberalismo, Soros, masones, FMI, etc., van ocupando el lugar de este actante. A veces, como se escribe en el texto, simple y simplificador trampantojo.

La obra casi termina con un esfuerzo de síntesis final. Es el penúltimo capítulo. Una síntesis que intuyo no ha resultado fácil, dado el despliegue de concepciones y de casos. Se agradece el

repaso reflexivo, la mirada hacia atrás desde el final. Ayuda a ordenarse y tomar perspectiva.

Decía que casi termina, porque se añade un capítulo último. No vamos a hacer un *spoiler*, dejándoles a ustedes, lectores, que disfruten de este desenlace final. Sólo adelantar que, en un ejercicio de honradez intelectual, dominan más las preguntas que las conclusiones finales. Tras el capítulo anterior, de resumen, se llega a una pregunta final, la de casi siempre: ¿qué hacer ante el flujo incesante de teorías de la conspiración? ¿qué hacer cuando hay que convivir con el conspiracionismo? ¿qué hacer ante una inagotable industria de conspiracionismo y contraconspiracionismo, cuyas caras parecen alimentarse mutuamente?

La obra de Francescutti abre preguntas y no elude debates y cuestiones discutibles. Lo que sí elude –y esto es un punto a favor del libro– es dar juego a las teorías de la conspiración inscritas en el campo de lo paranormal o campos adyacentes. Afortunadamente, el libro no se entretiene en: ovnis, extraterrestres, fantasmas y otros entes imaginarios semejantes, que han calentado las imaginaciones de las mentes conspiracionistas y son recogidos en otros estudios sobre las teorías de la conspiración. El libro se toma en serio el conspiracionismo y sus amenazantes sombras sobre la democracia, la relación de las teorías de la conspiración con el poder, como para distraernos con entes de otros mundos. ¡Bastante tenemos con el nuestro!

Precisamente y para terminar ofreciendo posibilidades de debate, tres mínimas reflexiones derivadas del texto. No son críticas, sino meros anclajes que me han llamado la atención.

Asume bajo la categoría de conspiracionista tanto a quienes elaboran explicaciones en clave de complot, como quienes creen en ella (p. IX). Es cierto que, en la medida que alguien se hace eco de un relato conspiratorio, extiende el relato. Amplia su circulación, pero cuesta entender que quien, por ejemplo, expone dudas sobre el cambio climático por haber escuchado tesis negacionistas tiene el mismo estatuto que quienes han orquestado

–como ponen de manifiesto Oreskes y Conway (2018)– tales relatos negacionistas.

Esto nos lleva al estatus de la recepción y digestión de los relatos conspirativos. No está ausente del texto; pero en esas búsquedas de equilibrio entre los distintos operadores implicados en la circulación de las teorías de la conspiración se puede interpretar que ocupa un lugar relativamente secundario. Es incuestionable la relevancia de fijarse en las posiciones de poder que afianza o afronta la teoría conspirativa o, sobre todo, qué acciones del poder legítima. Pero, también qué posiciones y acciones o inacciones legítimas de esas potenciales grandes minorías que ponen especial atención al relato conspirativo, que lo escuchan con atención. Hay que tener en cuenta que, entre los defensores o emisores de una teoría conspirativa concreta y los combativos opositores a la misma, se extiende un gran número de receptores de las mismas que se ríen, reflexionan, ironizan, dialogan, dudan o sencillamente ni siquiera las atienden o las entienden. Y si las atienden ¿por qué las atienden?

Se separa entre complots reales y complots ficticios. Como se reconoce en el capítulo VII, la separación es difícil de realizar en lo concreto en muchos casos. Apostaría más por una hipótesis en las que las teorías de la conspiración que, finalmente, se demuestran reales en sus acusaciones, alimentan las otras teorías de la conspiración “más imaginativas”, les dan fuerza, ayudando a generar así un “estado de conspiración constante”. Pero, en todo caso, cuando se está en medio del proceso, son difíciles de distinguir las supuestas teorías de la conspiración reales de las supuestas teorías de la conspiración ficticias. Quizá en algún momento y de la mano de esos operadores epistemológicos –sistema de la ciencia, sistema jurídico– se podrá establecer una verdad. Pero posiblemente sea tarde, desde la perspectiva del concreto conflicto político en el que se incrusta la teoría de la conspiración.

El texto transpira profundamente por el ejercicio de contención en el equilibrio con el que se compromete. Las teorías de

la conspiración vienen de fuentes poderosas y de marginales resentidos, de representantes del Estado y de ciudadanos representados, de legos analfabetos científicos y de algún Premio Nobel (p. 75). Son explotadas y consumidas por los de derechas y los de izquierda. Incluso se expone que hay derechas y hay izquierdas que fijan buena parte de su base en teorías conspirativas, como cuando se presenta el materialismo histórico con las formas de una teoría de la conspiración. Pero, al final, aflora el desequilibrio cuando se apunta que quienes más han capitalizado en mayor medida, al menos durante los últimos tiempos, las teorías de la conspiración han sido las posiciones de ultraderecha (p. 155). Es absolutamente comprensible este desequilibrio final. Entre otras cosas, porque el equilibrio absoluto no existe, ni tal vez sea recomendable.

Seguramente, como Francescutti apunta, existen condiciones materiales que llevan a la atención prestada a las teorías de la conspiración. Pero también caben matrices culturales, como una

sociedad que tiene una conflictiva relación con el azar y lo accidental. Una Modernidad que ha venido reivindicando que todo tiene una causa, que busca explicaciones en todo. Más determinada a explicar los accidentes que a admitir que las cosas ocurren por accidente. Como se señala, en la retórica del conspiracionismo: “*nada sucede por accidente*” (p. 48). Es decir, se inscribe en una cultura en la que no se admite el accidente como explicación.

En definitiva, un libro complejo, porque el fenómeno social de las teorías de la conspiración es sumamente complejo en sociedades complejas. Lleno de reflexiones y reflexividades. Pero, también, un libro lleno de ejemplos, que se hace sumamente entretenido, gracias a la dinámica escritura de su autor. Exposición de que la complejidad del objeto no está reñida con la brillante y entretenida exposición.

Javier Callejo

Departamento de Sociología I de la UNED

Bibliografía

Aristóteles (1982). *Retórica*. Madrid.

Eco, U. (1990). *Obra abierta*. Ariel

Eco, U. (2001). *Baudolino*. Lumen.

Eco, U. (2005). *El péndulo de Foucault*. Lumen.

Luhmann, N. (1996). *La ciencia de la sociedad*. Anthropos.

Luhmann, N. (2000). *La realidad de los medios de masas*. Anthropos-Universidad Iberoamericana.

Marx, K. (1975). *El capital*. Siglo XXI (eo 1867).

Popper, K. (1989.) *Conjeturas y refutaciones*. Paidós (eo 1963).

Popper, K. (2010). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Paidós (eo 1945).

Popper, K. (2014). *La miseria del historicismo*. Alianza (eo 1961).

Uscinski, J.E. y Enders, A.M. (2023). *Conspiracy Theories. A Primer*. Rowman & Littlefield (primera edición en 2020).